



**VILLENA. ARQUEOLOGÍA Y MUSEO**  
Ciclo Museos Municipales en el MARQ



MUSEO EUROPEO  
DEL AÑO 2004

MARQ

## VILLENA, ARQUEOLOGÍA Y MUSEO

MARQ, 20 Diciembre 2005 – 19 Febrero 2006

Fundación MARQ  
Diputación de Alicante  
Ilmo. Ayuntamiento de Villena

MARQ, Museo Arqueológico de Alicante  
Museo Arqueológico "José María Soler" de Villena  
Fundación Municipal José María Soler de Villena

### Dirección del programa

Jorge A. Soler Díaz

### Comisariado

Laura Hernández Alcaraz

### Coordinación

Rafael Azuar Ruiz  
Manuel H. Olcina Doménech

## EXPOSICIÓN

### Diseño

José Piqueras  
Llorenç Pizà

### Producción

Unidad de Difusión y Exposiciones:  
Juan A. López Padilla  
José L. Menéndez Fueyo  
Teresa Ximénez de Embún Sánchez

Museo Arqueológico "Jose María Soler" de Villena:

Luz Pérez Amorós  
José Menargues Giménez  
Jesús García Guardiola  
Cristina Rizo Antón

### Restauración

Unidad de Colecciones y Excavaciones:  
Sílvia Roca Alberola  
Elena Santamarina Albertos  
Antonio Chumillas Sáez  
José Vicente Bonete Ruiz

### Asistencia a la producción

Miguel Benito Iborra  
Julio Ramón Sánchez  
Consuelo Roca de Togores Muñiz  
Vanessa Alguacil Varona  
Juan Antonio Mira Rico

### Textos

Luz Pérez Amorós

### Traducción

David Azorín

### Carpintería, soportes e iluminación

Sebastián López Valero  
Arketypo

### Impresión

Cartel Rotulación

### Transporte y montaje de piezas

Viguer S.L.

### Seguros

Helvetia Previsión

### Audiovisual e interactivos

Gerencia de Imagen Institucional, Departamento de Imagen,  
Diputación de Alicante

## CATÁLOGO

### Textos

Francisco Arenas Ferriz  
Laura Hernández Alcaraz  
Francisco Javier Jover Maestre  
Juan Antonio López Padilla  
José Menargues Giménez  
Luz Pérez Amorós  
Feliciana Sala Sellés

### Fotografía

José Piqueras  
Llorenç Pizà  
Miguel Flor Amat  
Archivo Gráfico MARQ  
Archivo Museo Arqueológico "José María Soler" de Villena  
Gerencia de Imagen Institucional, Archivo Gráfico, Diputación de Alicante  
Archivo Fundación Municipal Jose María Soler de Villena

### Diseño

Engloba Brandesign

Depósito Legal: A-1074-2005

I. S. B. N.: 84-609-8557-1

### Imprime

Gráficas Díaz, S.L.

# VILLENA. ARQUEOLOGÍA Y MUSEO

Ciclo Museos Municipales en el MARQ



M. I. AYUNTAMIENTO DE VILLENA



MARQ



<b>ÍNDICE</b>	<b>10</b>	El Museo Arqueológico "Jose M <sup>a</sup> Soler" y la experiencia de la modernidad. Francisco Arenas Ferriz
	<b>18</b>	La ocupación humana de la cubeta de Villena: De los primeros grupos cazadores-recolectores a los orígenes del iberismo. Francisco Javier Jover Maestre Juan Antonio López Padilla
	<b>42</b>	La cultura ibérica en el Museo Arqueológico Municipal de Villena. Feliciano Sala Sellés
	<b>66</b>	Origen y desarrollo del Museo Arqueológico José María Soler. Laura Hernández Alcaraz
	<b>100</b>	Catálogo de piezas Luz Pérez Amorós Josep Menargues Giménez Laura Hernández Alcaraz
	<b>129</b>	Bibliografía

# LA OCUPACIÓN HUMANA DE LA CUBETA DE VILLENA: DE LOS PRIMEROS GRUPOS CAZADORES-RECOLECTORES A LOS ORÍGENES DEL IBERISMO



Francisco Javier Jover Maestre  
Juan Antonio López Padilla

A José María Soler García

Estamos aún muy lejos de poder realizar una propuesta debidamente contrastada sobre el desarrollo histórico en la cubeta de Villena. No a causa del objeto de análisis, ni tampoco por la escasez de base empírica, que la hay, sino más bien por la dificultad que entraña elaborar un conjunto de hipótesis que de forma adecuada den cuenta del proceso y de los factores que orientaron y determinaron los cambios sociales acontecidos en estas tierras. Por ello, a pesar de que en el presente texto vamos a proponer, desde un plano diacrónico, una nueva visión sobre el desarrollo histórico en la cubeta de Villena desde las primeras comunidades que habitaron en la zona hasta los orígenes de los pueblos iberos, somos conscientes de sus limitaciones en la explicación de numerosos aspectos. Con todo, creemos sinceramente que es una propuesta que puede contribuir a abrir nuevos caminos en la investigación prehistórica de la zona.

Antes de abordar esta tarea es fundamental, no obstante, tener presente cuál es la calidad de la información arqueológica disponible (Bate, 1998), tanto en el área geográfica de Villena como de la cuenca del río Vinalopó y áreas colindantes, ya que sólo en el registro arqueológico reside la posibilidad de validación o refutación de cualquier hipótesis relacionada con los cambios en la esfera de lo social.

En este sentido, las bases arqueológicas con las que contamos para la cubeta de Villena son numerosas y bien articuladas, al haberse realizado en la zona diversas prospecciones sistemáticas y excavaciones con objetivos científicos para momentos prehistóricos. Los trabajos de campo realizados por J. M. Soler en numerosos asentamientos de la comarca –más de una veintena– han sido pioneros en la arqueología valenciana, y los trabajos emprendidos por M. S. Hernández Pérez (2001) en Cabezo Redondo y también en la Peña de Sax (Hernández, 1997a), junto a los realizados por nosotros en Barranco Tuerto (Jover y López, 2005) y Terlinques (Jover y López, 1999; 2004) constituyen las bases para el análisis de la Edad del Bronce. Además, las excavaciones realizadas en yacimientos próximos como la Cova Sant Martí (Agost) (Torregrosa y López, 2004), la Torreta- El Monastil (Elda) (Jover *et alii*, 2003) y Tabaia (Aspe) (Hernández, 1990; Hernández y López, 1992), La Horna (Hernández, 1994a), La Foia de la Perera (Cerdà, 1994) y El Monastil (Poveda, 1988), vienen a reforzar los importantes trabajos desarrollados hasta la fecha en la comarca (Jover y Segura, 1995; Segura y Jover, 1997; Hernández, 2002; Fernández Peris, 1998; Fernández López de Pablo, 1999; Pérez Amorós, 1997).

Ahora bien, se han de señalar igualmente las limitaciones que ofrecen los estudios del Pleistoceno en esta zona, a pesar de que haya existido una larga trayectoria investigadora (Soler, 1956; Fortea, 1973; Villaverde, 1984) y recientemente se hayan realizado nuevas revisiones con una importante labor crítica (Casabó, 2004).

Pero en definitiva, una documentación lo suficientemente amplia en conjunto como para aproximarnos al devenir histórico en estas tierras.

### **La primera presencia humana en la cubeta de villena: los grupos cazadores-recolectores**

A grandes rasgos, el corredor del Vinalopó es una línea de fractura que con dirección NO-SE corta las alineaciones béticas orientadas en dirección SO-NE, cuyas máximas elevaciones no superan los 1.200 m s.n.m. La presencia del río se debe precisamente a la configuración de esta línea de fractura estructurada a base de diferentes cubetas –Villena, Elda, Novelda– separadas por umbrales montañosos. Las escasas pendientes del fondo de la fosa por la que discurre el río, unido a las afloraciones del Keüper, han favorecido la demarcación de espacios endorreicos y de avenamiento irregular, especialmente en la de Villena, donde de forma fósil e incluso activa, podemos distinguir un buen número de ellas. Los humedales de Villena, por tanto, no están constituidos únicamente por la gran laguna que se extendía entre el paraje de los Cabezos y el sistema formado por el Cerro de la Virgen y el Castellar, sino que comprendía todo un conjunto de áreas encharcadas, comunicadas entre sí y escalonadas. Entre otros topónimos destaca La Lagunilla, El Balsón, Hondo de Carboneras, la Macolla, la Rajal, Prados del Lancero o las Huertas del Carrizal.

Por ello, frente a la imagen subdesértica del paisaje actual, resulta difícil imaginar la riqueza bio-ecológica que tuvo la cubeta de Villena hasta hace relativamente muy poco tiempo. La abundancia y variedad de recursos

biológicos y ecológicos de los espacios encharcados se halla definitivamente perdida en la actualidad. Sin embargo, de lo que no cabe la menor duda es de que su aprovechamiento por parte de comunidades humanas ha sido una constante a lo largo de la Historia, y que la presencia de humedales ha sido un condicionante importantísimo en la elección del lugar de hábitat, tanto para grupos con un modo de vida cazador-recolector, como para aquéllos eminentemente orientados a la producción agropecuaria.

En este sentido, poco podemos proponer sobre los grupos humanos de base cazadora-recolectora que habitaron en la cubeta de Villena y tierras próximas. Por el momento, tenemos constancia arqueológica de su presencia a través del estudio de algunos yacimientos realizado por J. M. Soler (1956; 1976) y del análisis pormenorizado de los materiales líticos recuperados (Fortea, 1973; Villaverde, 1984; Casabó, 2004).

La evidencia más antigua la constituye la ocupación de la Cueva del Cochino en Villena (Soler, 1956). La excavación realizada por J. M. Soler en los años 1950 permitió descubrir la ocupación de esta pequeña cavidad situada en la sierra del Morrón y en pleno corredor de Beneixama, por parte de un grupo humano poco numeroso de *Homo neanderthalensis* y con una antigüedad superior a los 35.000 años. La falta de datos paleoclimáticos y paleoecológicos impiden aproximarnos a las condiciones del paleoambiente



ya su economía. No obstante, al igual que ha sido planteado para otros yacimientos del Levante peninsular, parece muy probable que la ocupación de la Cueva del Cochino fuese esporádica, a lo sumo estacional, con el objeto de explotar los recursos que podría ofrecer la sierra así como aprovechar las facilidades en el seguimiento de las manadas a través del valle de Beneixama.

Aparentemente, la zona ya no parece ocuparse hasta varios milenios más tarde por parte de *Homo sapiens*. A pesar de que la ocupación de las tierras valencianas por parte de esta nueva especie humana venida de África se había producido varios milenios antes, las únicas evidencias arqueológicas que existen en Villena se localizan en la Cueva Grande de la Huesa Tacaña (Soler, 1976), cavidad situada en las estribaciones occidentales de la sierra de la Peña Rubia, evidenciando la presencia de humanos anatómicamente modernos en la cubeta de Villena en el Paleolítico Superior Final, sobre el 14000-12000 B.P. En este sentido, las industrias líticas recuperadas en las excavaciones efectuadas por J.M. Soler en la Cueva Grande de la Huesa Tacaña y que fueron estudiadas también por J. Fortea (1973), han sido revisadas recientemente por J. Casabó (2004: 313), descartando la posible existencia de un nivel Gravetiense y determinando que estamos ante una ocupación claramente Magdaleniense.

El hecho de que a partir de momentos avanzados del Magdaleniense y sobre todo, del Epipaleolítico microlaminar,

se constate un aumento del número de asentamientos de grupos predadores en todo el Levante peninsular es explicado por parte de algunos autores como consecuencia de un aumento demográfico y de un cambio en las estrategias de subsistencia (Casabó, 2004). La entrada en crisis del sistema de desplazamiento de grandes distancias en busca de recursos situados dentro de rutas preestablecidas es abandonado por una estrategia en la que los grupos se desplazan en territorios más limitados donde existen todos los recursos necesarios para su subsistencia. El desarrollo de esta nueva práctica se vio favorecida durante el estadio del Allèrod, al modificarse las condiciones medioambientales y desarrollarse ampliamente la biodiversidad faunística y vegetal, especialmente en los alrededores de las áreas lagunares.

Al Epipaleolítico microlaminar corresponden dos yacimientos situados en la cubeta de Villena: El Pinar de Tarruella y la Cueva del Lagrimal; mientras que al Epipaleolítico geométrico se pueden adscribir la Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña, Casa de Lara y, probablemente, el Arenal de la Virgen.

El Pinar de Tarruella y el Arenal de la Virgen están situados a escasos metros de la zona suroccidental de la Laguna de Villena y a los pies del Cerro de la Virgen y de la sierra del Castellar. La Cueva del Lagrimal, en cambio, se ubica en lo alto de la sierra de Salinas y en un medio claramente montañoso, al igual que la Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña, emplazada en las estribaciones occidentales de



la sierra de Peña Rubia. Por último, Casa de Lara es un yacimiento de llanura situado en los márgenes de El Balsón, una de las áreas endorreicas que jalonan toda la cubeta.

Teniendo en cuenta su localización, es evidente que existe una clara elección de los lugares de hábitat en función del mayor o menor acceso a los recursos. Los yacimientos de llanura se localizan en las proximidades de zonas endorreicas, lugares que se caracterizan por una amplia diversidad de recursos alimenticios –vegetales, faunísticos, etc–, mientras que en los hábitat montaña se debe contar con recursos muy concentrados para poder subsistir, por lo que las ocupaciones serían más estacionales u ocasionales que en las zonas de llanura, donde ya parece existir una cierta continuidad, como se puede intuir en el caso del Pinar de Tarruella y Arenal de Virgen.

### **5000-3500 a.C.: La implantación de nuevos modos de vida**

Como hemos visto con anterioridad, la ocupación del río Vinalopó por parte de las primeras comunidades de *Homo sapiens* tuvo lugar hace algo más de 20.000 años. No obstante, la estabilización definitiva de dicha ocupación humana del valle se tuvo que producir milenios más tarde, con la irrupción de comunidades campesinas, ya que por el momento los estudios indican con claridad que todas las especies domesticadas (trigo, cebada, cabra, oveja,

cerdo, etc) fueron introducidas en la Península Ibérica por grupos humanos procedentes de otros lugares de la cuenca mediterránea, siendo el denominado “modelo dual”, la explicación que en la actualidad da mayor contenido al registro arqueológico disponible.

Dicho modelo se ha ido enriqueciendo y perfeccionando, desde sus primeras formulaciones (Forkea, 1973; Forkea et alii, 1987; Bernabeu, Aura y Badal, 1993) a lo largo de más de veinticinco años. No obstante, no hemos de olvidar que se trata de la simplificación de una realidad que con total seguridad fue infinitamente mucho más compleja (Martí y Juan Cabanilles, 1997).

Hacia el 6000/5500 a.C. en el Levante peninsular se empieza a constatar la presencia de comunidades humanas con un modo de vida agropecuario, desconocido hasta el momento en estas tierras, que durante un período de tiempo algo impreciso convivieron con grupos indígenas con un modo de vida cazador-recolector. En efecto, durante los primeros momentos del desarrollo de esta fase –Neolítico en la secuencia regional (Bernabeu, 1989)– el substrato indígena, compuesto por comunidades con un utillaje que arqueológicamente ha venido definiendo el Epipaleolítico geométrico, se caracteriza por un modo de vida cazador-recolector y una economía predatoria. Testigos de sus formas económicas son el predominio de armaduras de sílex (Juan Cabanilles, 1992), que en ningún caso presentan lustre de cereal, la

Punta de flecha:  
Casa de Lara

Vasija:  
Arenal de la Virgen



ausencia de vestigios vegetales que indiquen la práctica de la agricultura y la inexistencia de una cabaña doméstica; a esta caracterización podríamos añadir la presencia de algún objeto relacionado con las comunidades agropecuarias –cerámica y piedra pulida (Martí y Juan Cabanilles, 1997)– pero su escaso número podría ser explicado gracias al intercambio. En el corredor de Villena, estas características se hacen reconocibles sobre todo en el yacimiento de Casa de Lara (Fernández, 1999).

Contemporáneo a este modo de vida, encontramos otro radicalmente distinto, el modo de vida agropecuario, propio de las comunidades campesinas que llegaron, al parecer, a las zonas levantinas en torno al 5800 a.C., ocupando buena parte del área montañosa de Alicante, siendo la Cova de la Sarsa en Bocairent (Asquerino, 1998) uno de los yacimientos más cercanos a Villena en los que se ha detectado su presencia. Este modo de vida agropecuario se caracteriza por la presencia de un utillaje agrícola desarrollado en el que las armaduras de hoz representan su rasgo más característico, acompañadas de un instrumental de piedra pulida relacionado con la práctica agrícola, complementado con los molinos y morteros destinados a la transformación de alimentos, formas cerámicas cerradas, un importante instrumental óseo –cucharas, espátulas, etc– y el desarrollo de una manifestación gráfica rupestre –el arte Macrosquemático (Hernández, 1995) y también el Esquemático (Torregrosa, 2002)– que ha sido

tradicionalmente vinculado con los cultos a la fertilidad propios de las comunidades productoras.

Sobre el 4800/4500 a.C. comienza a vislumbrarse cierta homogeneidad en el registro arqueológico, donde las diferencias visibles durante los primeros años de coexistencia de dos modos de vida y culturas diferentes empiezan a diluirse en lo relativo a la materialidad social. Es este el momento en el que se iniciaría, siguiendo a Guilabert, Jover y Fernández (1999), el surgimiento de un modo de vida agropecuario de base mixta, basado en el desarrollo de prácticas agrícolas y ganaderas, pero con una destacada relevancia de los modos de trabajo predadores basados en la caza y la recolección, patente en la disminución de las armaduras de hoz con lustre, el predominio de las armaduras geométricas, la progresiva aparición de formas cerámicas abiertas –indicando un cambio en la dieta alimenticia– acompañadas por la desaparición de las cucharas y tubos sobre hueso y, sobre todo, por el gran desarrollo del Arte rupestre Levantino, un arte figurativo con motivos propios de grupos agropecuarios en los que las actividades predadoras siguen jugando un papel destacado, y que se encuentra presente también sobre soporte mueble en yacimientos como la Cova de l'Or (Martí y Hernández, 1988). Este tipo de arte coexistirá con el Arte Esquemático, reforzando la idea de ese modo de vida donde se combinan las actividades productoras de alimentos y la predadoras.



Aunque la base empírica disponible en la actualidad es escasa y fragmentaria, su lectura deja entrever dos formas distintas en las que se pudo desarrollar el proceso de neolitización en esta cuenca. Por un lado, encontramos los yacimientos ligados a las áreas endorreicas del corredor de Villena y más cercanas al núcleo principal de comunidades agropecuarias, en los que el contacto de los grupos de cazadores-recolectores con los grupos agricultores se realizaría sobre una base industrial tardenoide como es el caso del yacimiento de Casa de Lara (Fernández, 1999) y posiblemente también de Arenal de la Virgen (Forte, 1973).

Por otra parte, se sitúan aquellos yacimientos que carecen de indicios de ocupaciones del substrato geométrico anterior y que, por lo tanto, debieron crearse *ex novo*. Es el caso de los yacimientos situados al sur de la cubeta de Villena y ubicados a lo largo del corredor del Vinalopó: el Chorrillo-Chopo y l'Almorxó en Petrer (Segura y Jover, 1997), Ledua en Novelda (Hernández y Alberola, 1988), la Cova de Sant Martí en Agost (López Seguí, 1996), la Cova dels Calderons (La Romana), la Alcudia en Elche (Ramos Molina, 1989) y la Cova de les Aranyes del Carabassí en Santa Pola (Ramos Folqués, 1989). La lectura de los materiales cerámicos de estos yacimientos, con decoraciones con relieves, inciso-impresas y peinadas y de instrumentos pulidos con filo, les colocaría a partir de momentos avanzados del neolítico antiguo o neolítico medio de la secuencia tradicional.

De este modo, el panorama general que parece dibujarse en el Vinalopó sería el de la presencia de grupos de base cazadora-recolectora –substrato geométrico tardenoide– en su curso alto –más concretamente en la cubeta de Villena– sobre los que incidió la expansión de grupos productores cardiales. En un momento cronológicamente posterior, en torno al 5000/4700 a.C. –Neolítico IA2-IB de la secuencia regional propuesta por J. Bernabeu– se desarrollaría la colonización efectiva de la cuenca en dirección a su desembocadura, con asentamientos al aire libre muy distantes entre sí, situados en las zonas de mayor rendimiento para la producción agraria. Finalmente, y al igual que ocurrió en muchos otros lugares de la Península Ibérica hacia esos mismos momentos, a partir del 4700/4500 a.C. se culminaría este proceso con la colonización de las tierras de óptimo agrícola cercanas siempre a cursos de agua, que hasta entonces no habían sido aún ocupadas.

Esta situación encaja bastante bien con la idea de una progresiva expansión por parte de comunidades familiares extensas que ocupan preferentemente las áreas más adecuadas para el desarrollo de la agricultura, principalmente en el entorno de zonas encharcadas o zonas de agua (Molina Hernández, 2001), reproduciendo el mismo patrón observado en otros yacimientos al aire libre en la cuenca del Serpis (Bernabeu *et alii*, 1989).

Carecemos de evidencias constructivas claras relacionadas con estos yacimientos. Los trabajos y recogidas superficiales



Arqueólogos en  
Casa de Lara,  
1975

efectuadas en Casa de Lara únicamente depararon restos de improntas y pellas de barro correspondientes a fragmentos de paredes y techumbres de viviendas (Soler García, 1961), cuya cronología no se puede fijar con exactitud al proceder de un registro de superficie, mientras que en la única excavación sistemática practicada hasta ahora, llevada a cabo en la partida de Lédua, en Novelda (Hernández y Alberola, 1988) sólo se halló una pequeña capa de piedras asociada a unos escasos fragmentos de cerámica. En definitiva, las alteraciones post-deposicionales han afectado de manera importante a unos yacimientos cuyo conocimiento, en la mayoría de los casos, se debe al estudio de materiales procedentes de superficie.

Otro de los aspectos importantes en los que actualmente empezamos a profundizar es el referente a sus prácticas funerarias, cuya documentación –aunque no en la zona de Villena– ya no se reduce a las evidencias parciales de la Cova de la Serreta la Vella en Monóvar (Segura y Jover, 1997), en la que se hallaron restos de diversos cadáveres inhumados junto a un ajuar compuesto por materiales cerámicos que denotan cierta antigüedad –como varios fragmentos cerámicos en los que se combinan decoraciones impresas con incisas y acanaladas– sino que, por primera vez, y a partir de las evidencias documentadas en la Cova de Sant Martí en Agost (Torregrosa y López, 2004) y la Cueva de los Tiestos (Jumilla) (Molina Burguera, 2004), podemos

inferir que aquellas primeras comunidades neolíticas ya inhumaban a sus difuntos –adultos y niños– en cuevas y de forma colectiva.

### **3500-2500 a.C.: La consolidación de las primeras comunidades campesinas**

El Neolítico II, fase que se desarrolla entre el 3500 y 2600 a.C. (Bernabeu, 1995), resulta bastante bien conocida gracias a los trabajos realizados en yacimientos como Jovades, Niuët y Cendres (Bernabeu *et alii*, 1993), que complementan para el Vinalopó las excavaciones en yacimientos como La Torreña-El Monastil (Elda) (Jover *et alii*, 2002) y algunos trabajos de síntesis (Guilabert, Jover y Fernández, 1999; Soler y López, 2001).

Dado que el registro arqueológico disponible para la cubeta de Villena procede casi exclusivamente de la excavación de algunas cuevas de enterramiento y de las recogidas superficiales y los sondeos practicados por J. M. Soler (1981) en yacimientos como La Macolla, se hace necesario acudir a los datos obtenidos en estos yacimientos excavados recientemente en la cuenca del Vinalopó, como la Torreña-El Monastil o la Playa del Carabassi.

En primer lugar, comparando la información disponible con los momentos anteriores, constatamos un aumento considerable de asentamientos al aire libre y también



del número de cuevas empleadas como lugar de enterramiento. La cifra se cuadriplica, pasando de 6 a 26 enclaves de hábitat y de 2 a 20 cuevas. Todas las cubetas geográficas del valle están ocupadas en estos momentos, y los núcleos de hábitat se ubican en el fondo de las mismas, próximos a las zonas endorreicas que dominarían el paisaje de la cubeta de Villena así como al discurrir del río Vinalopó, emplazándose en las mejores tierras cuaternarias.

Mientras en el corredor de Villena se observa una clara continuidad en el emplazamiento de los asentamientos –Casa de Lara, Arenal de la Virgen, etc– junto a otros de nueva creación como La Macolla (Soler García, 1981; Guitart, 1989), y siempre en los bordes de las zonas lagunares, es en la cabecera y desembocadura del Vinalopó donde parece determinarse una ocupación humana más intensa, cuestión que podemos relacionar con el hecho de que son los lugares de toda la cuenca del Vinalopó donde existen las mejores tierras para uso agrícola.

Por otro lado, también asistimos ahora a la multiplicación de evidencias constructivas en los asentamientos al aire libre, destacando la documentación de fosas, silos (Hernández, 1982), posibles fondos de cabañas (Ramos, 1989) y segmentos de foso. Toda esta serie de construcciones han sido documentadas por primera

vez de forma conjunta en las excavaciones efectuadas en el yacimiento de La Torreta-El Monastil (Jover et alii, 2002), excavadas todas en el substrato pleistocénico y levantadas con materiales muy endebles, hechas con barro y materiales fácilmente deleznable y con la necesidad de un mantenimiento constante. Ello permite plantear que la ocupación de los asentamientos no era estable y probablemente discontinua.

En otro orden de cosas, a tenor de las evidencias de cultura material registradas, se podría inferir que en esta fase se produjo un abandono prácticamente definitivo de las cuevas como lugares de hábitat, y un uso casi exclusivo de las mismas como lugar de enterramiento. Esta es, de hecho, una de las características señaladas para estos momentos en todo el Levante peninsular, y siempre con un ritual de carácter múltiple (Soler Díaz, 1990, Bernabeu, 1995). Este aspecto se constituye como una práctica social generalizada donde los ajueres funerarios alcanzan un alto grado de normalización. Frente a las escasas evidencias de prácticas funerarias en la fase anterior, se han registrado más de 20 cuevas de enterramiento en la cabecera del Vinalopó, corredor de Villena, Valle de Novelda y Elda (Hernández, 1982; López y Ortega, 1991; Segura y Jover, 1997; Soler Díaz, 2002). Todas ellas se ubican en las proximidades de asentamientos al aire libre,

Puñal y puntas  
de flecha,  
Peñón de la Zorra  
(cueva oriental)



por lo que resulta viable realizar una asociación entre lugares de hábitat y sus contextos funerarios, como sería el caso, por ejemplo, de Casa de Lara y la Cueva de las Lechuzas (Soler García, 1981).

En Villena destaca el conjunto de cuevas de inhumación colectiva localizadas en el Cabezo de las Cuevas: Cueva de las Delicias, Cueva del Alto nº 1, Cueva del Alto nº 2, y Cueva de las Lechuzas (Soler García, 1981), así como también, posiblemente, la Cueva del Molinico (Soler García, 1986), situada en un cerro próximo. Los ajuares que acompañaban a los inhumados consisten básicamente en puntas de flecha, hachas y azuelas, adornos y algunos vasos cerámicos.

En definitiva, el conjunto de las proposiciones observables nos permiten plantear que a partir del 3500 a.C. se inició un proceso de consolidación y expansión demográfica de pequeñas comunidades campesinas que conllevó la ocupación plena de los fondos cuaternarios próximos al curso del río Vinalopó, proceso generalizado en otras cuencas del marco peninsular.

Es muy probable que estas evidencias de densa ocupación de los fondos del valle, se corresponda con la presencia de diferentes comunidades familiares extensas, que estarían implantadas en cada una de las cubetas geográficas. Estos grupos basarían su subsistencia en el cultivo de diversas

especies vegetales como el trigo, cebada y legumbres, cría de una pequeña cabaña ganadera constituida básicamente de vacas, cerdos, cabras y ovejas, jugando todavía un destacado papel la recolección y la caza. En estas unidades familiares, dado el limitado desarrollo tecnológico de sus instrumentos y medios de trabajo, cualquier crecimiento demográfico acusado obligaría a una segmentación del mismo, trasladando su lugar de residencia a lo largo de las riberas del río una vez que las tierras puestas en explotación del entorno inmediato a donde estaban asentados, se agotarán. La disponibilidad de terreno con condiciones favorables para el cultivo facilitaría el traslado del grupo y la puesta en explotación de nuevos territorios dentro de la misma cubeta geográfica donde estaban implantados.

### **2500-2100 a.C.: Las primeras actividades metalúrgicas**

A partir del 2500 a.C. se constata en todo el ámbito regional una serie de transformaciones en el registro arqueológico que debemos poner en relación con cambios en las estrategias económicas y en las relaciones de producción de aquellos grupos.

En efecto, en el denominado "Horizonte Campaniforme de Transición" –2500-2100 a.C.– y en contraposición al



Peñón de la  
Zorra

amplio número de enclaves registrados en la fase anterior, se constata en Villena y en todo el valle del Vinalopó una considerable reducción del número de asentamientos, ahora en general de pequeño tamaño, que muestran un patrón de distribución agrupado respecto de cada una de las cubetas geográficas. Los encontramos ocupando tanto enclaves en el llano cercanos al río o a zonas endorreicas –Casa de Lara en Villena– como sobre algunas crestas de estratégica situación dispuestas en los umbrales montañosos existentes a lo largo del corredor –Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros en Villena, El Monastil o El Canalón en Elda– que constituyen los primeros asentamientos en altura conocidos en el valle (Hernández, 1994b). Al mismo tiempo, diversos asentamientos como La Macolla o La Torreta-El Monastil, de gran importancia en la etapa anterior, fueron totalmente abandonados.

Algunos de los enclaves en altura se hallan protegidos además por muros de considerables dimensiones que evidencian la necesidad de proteger sus bienes subsistenciales (Jover y López, 2004). Este es el caso del Peñón de la Zorra y del Puntal de los Carniceros (Jover, López y López, 1995). Las evidencias de su ocupación son conocidas gracias a los sondeos practicados por J. M. Soler (1981) y se reducen a algunos fragmentos cerámicos con decoración incisa y pseudoexcisa de estilo campaniforme, diversos vasos sin decorar, algunos dientes de hoz y alguna punta de flecha.

Al mismo tiempo, no podemos olvidar algunas evidencias funerarias con ajuares plenamente campaniformes, como son los documentados en las cuevas oriental y occidental del Peñón de la Zorra y de la Cueva del Puntal de los Carniceros (Soler García, 1981), en las que, manteniéndose claramente el ritual de enterramiento colectivo, se registran algunos ajuares manifiestamente singulares, como el hallado en la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra (Jover y De Miguel, 2002), integrado por dos puntas de Palmela, un puñal de lengüeta y un arete de plata que probablemente constituían el ajuar de un solo individuo.

La aparición de los núcleos de hábitat *ex-novo* en altura aludidos, distribuidos a lo largo de la cuenca del Vinalopó, responde a toda una serie de transformaciones que desde finales de la fase anterior pueden observarse en el registro arqueológico del ámbito regional y que consideramos relacionados con un proceso expansivo de intensificación económica iniciado en el Sureste y que permitió la definitiva consolidación del modo de vida campesino de base cerealista, basado en la mejora de los medios de trabajo (Jover, 1999; Jover y López, 2004) y vinculado con un aumento demográfico en las agrupaciones de asentamientos existentes en cada una de las cubetas que integran el corredor del Vinalopó, en función de los mecanismos de reproducción social que actúan en el seno de los grupos de economía doméstica (Meillasoux, 1981).

Al mismo tiempo, la conformación hacia el 2300 a.C. de la sociedad argárica (Lull, 1983) al sur de la línea que conforman la sierras de Crevillente-Negra-Tabayá (Jover y López, 1995; 1997b) hubo de repercutir necesariamente en la dinámica interna de los grupos ubicados al norte de la misma, especialmente en el valle del Vinalopó, con consecuencias no sólo en cuanto a la propia articulación del territorio, sino también en relación al acceso a los recursos metalúrgicos y otras materias como el marfil.

Ante la necesidad de intensificar una producción agropecuaria y desarrollar las fuerzas productivas, los grupos de la cuenca del Vinalopó se vieron abocados a superar esta situación que conducía, por una parte, hacia la concentración poblacional –es decir, hacia la agrupación de la fuerza de trabajo y de los medios de producción– y por otra, hacia un nuevo nivel de jerarquización interno capaz de superar los instrumentos políticos desarrollados a través de las relaciones de parentesco que caracterizan a las sociedades de tipo segmentarias (Jover y López, 2004).

Como expresión de la resistencia del grupo ante cualquier amenaza que supusiera la particularización de la propiedad comunal de los medios de producción y, por tanto, la consolidación de potenciales disimetrías entre los distintos linajes o familias, la superación de estas dos contradicciones se dio, muy contrariamente a la

concentración poblacional, mediante la división del grupo, lo que condujo al desarrollo de un patrón de asentamiento característico de las fases arqueológicas iniciales de la Edad del Bronce. A lo largo de este proceso, muchos de los asentamientos campaniformes se abandonaron, como es el caso de Les Moreres en Crevillente o del Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros en Villena.

### **2150-1100 a.C.: Los inicios de la edad del bronce**

Como ya hemos indicado, aproximadamente a partir del 2150 a.C. se aprecia una profunda transformación observable tanto en el patrón de asentamiento como en la fenomenología material. Y se trata de un proceso desarrollado a una gran escala territorial, en el que parecen estar involucrados buena parte del Levante peninsular y la parte meridional de la Península Ibérica.

Las excavaciones efectuadas en Terlinques (Villena) (Jover y López, 1999; Jover et alii, 2001) y Barranco Tuerto (Jover y López, 2005) y las dataciones aportadas por otros yacimientos (Jover, 1999), evidencian que en torno al tránsito del III al II milenio a.C. se produciría la fundación de toda una serie de enclaves estables, ocupando principalmente cerros y estribaciones montañosas distribuidas a lo largo del Vinalopó, que constituirían los núcleos a partir de los cuales se estructuraría el poblamiento. Terlinques fue uno

Cuenca  
campaniforme  
del Puntal de  
los Carniceros



de ellos y consideramos que también lo fueron otros asentamientos de similar tamaño, como el Cabezo de la Escoba, Cabezo de Valera I, Cabezo del Molinico o el Cabezo de las Torbas, aunque en su caso no dispongamos ni de excavaciones ni de dataciones absolutas.

Estos núcleos de asentamiento, muy cercanos en su aspecto a lo que actualmente podemos entender como *caseríos*, estarían integrados por viviendas de gran tamaño, en donde se realizarían todo tipo de actividades productivas como expresión de una comunidad autosuficiente que almacena, procesa y consume la producción generada por su trabajo en el campo y el pastoreo de ganado y que, a través del intercambio o por medio de relaciones de reciprocidad diferida obtendrían metal y algunos otros materiales foráneos (Jover y López, 2003).

De este modo tomaría cuerpo el patrón de distribución uniforme de los asentamientos, vinculado a la consecución de una garantía de mantenimiento y funcionamiento de la comunidad bajo relaciones sociales esencialmente de carácter igualitario, impidiendo la concentración de los medios de producción—la tierra especialmente—y buscando la plena autosuficiencia de cada unidad familiar, pero cubriendo además otros dos objetivos: la consolidación territorial y un mayor grado de cohesión grupal.

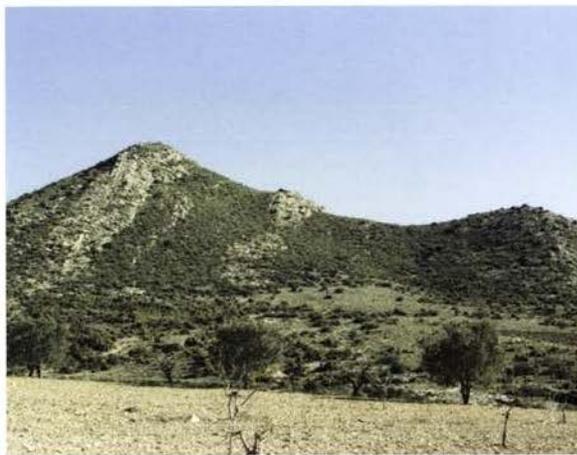
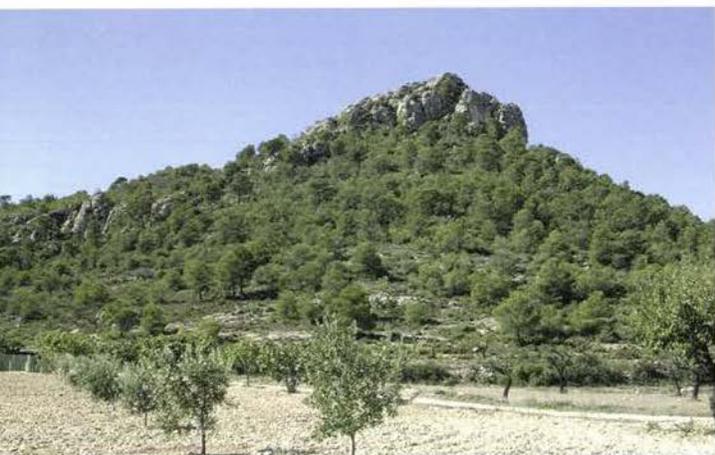
Hacia 1900-1800 a.C. se empiezan a observar algunos cambios en el registro arqueológico de yacimientos como

Terlinques y Barranco Tuerto, que permiten plantear a su vez una cierta transformación en la organización socioeconómica y en la gestión territorial.

Probablemente, el modelo de fisión de la comunidad y de fundación de nuevos enclaves pudo reproducirse hasta el momento en que todas las tierras de óptimo agrícola de las distintas cubetas estuvieron ocupadas. No hemos de olvidar que en el término municipal de Villena el número de asentamientos supera los 25 y para el Alto Vinalopó cerca de 70. A partir de entonces los distintos núcleos se vieron abocados, o bien a plantear un conflicto con las demás familias asentadas en el territorio y con las que ocupaban las cuencas vecinas por el dominio de sus tierras de cultivo óptimo; o bien a asumir y sostener, internamente, cada una en sus propios territorios de producción, el incremento poblacional.

El desarrollo de las fuerzas productivas que se empezó a generar en aquellos grupos es observable a partir de diversos indicadores:

a) con la creación de nuevos asentamientos que, segregándose desde las unidades principales, constituirían grupos familiares más pequeños, pero dentro del territorio de producción propio de cada unidad de asentamiento nuclear. En lo que respecta a estas tierras, se constata una plena ocupación de la cubeta de Villena y del curso del río Vinalopó. Es muy probable



que los yacimientos como Polovar, Cabezos de Valera 2, Cabezos de Penalva 1 y 2, Cabezo del Cantalar o el Peñón de los Mosquitos fuesen creados dentro de este proceso. Atendiendo al tamaño de los yacimientos señalados, inferiores a 500 m<sup>2</sup>, estamos ante núcleos unifamiliares asentados en las proximidades de las zonas lagunares, en cuyos bordes cultivarían cereales y criarían un pequeño rebaño de cabras/ovejas, cerdos y vacas.

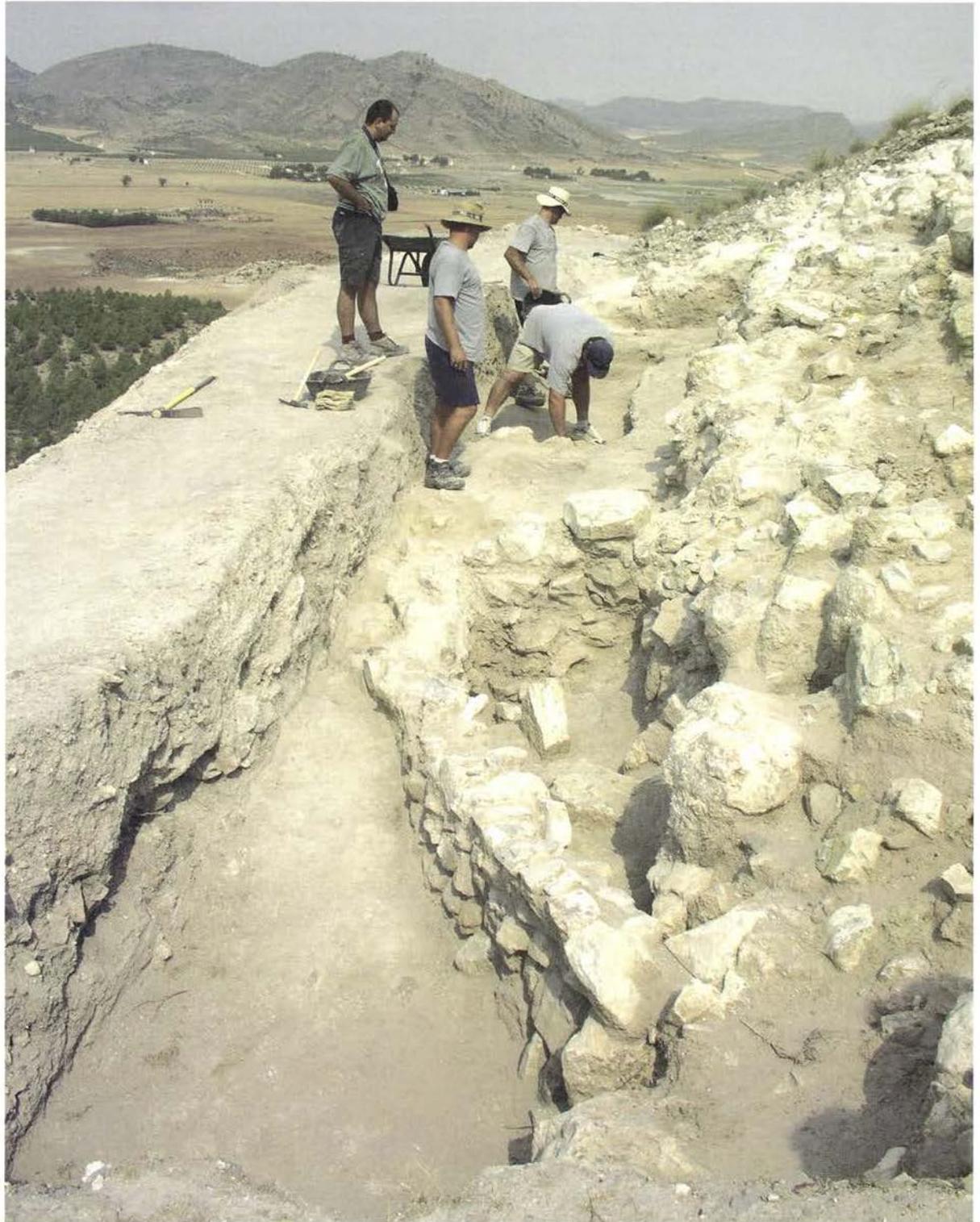
- b) La intensificación sobre los recursos y el posible desequilibrio económico que se tuvo que producir ante el aumento de la presión demográfica, supuso necesariamente un serio riesgo de entrada en conflicto entre núcleos, lo cual estimuló el control más estricto de los territorios de producción. En relación con ello ha de ponerse la creación de enclaves con una clara función logística para el control del territorio frente a otros grupos, e incluso tal vez también a nivel intragrupal, tales como Barranco Tuerto (Jover y López, 2005) o el Peñón de la Moneda, desde donde se controla visualmente, no sólo la cubeta de Villena, sino buena parte del corredor del Vinalopó.

Pero también es posible advertir modificaciones en la propia estructuración interna de los asentamientos, perceptibles en el cambio del tamaño de las unidades habitacionales y en las fórmulas de gestión de las áreas de actividad, como ya se ha evidenciado en la zona de Villena (Jover y López, 2004).

Esta serie de grupos de carácter familiar seguirían enterrando a sus difuntos en cuevas o grietas cercanas a sus lugares de hábitat. Es el caso del Cabezo de la Escoba, donde J. M. Soler (1969) pudo documentar la inhumación de tres individuos adultos, uno de los cuales tenía un pendiente de plata con un adorno de oro.

Finalmente, a todo ello se añade además el hecho de que, establecidos a pocos kilómetros de la frontera argárica, estos grupos se hallaban integrados inevitablemente en una dinámica centro-periferia respecto del grupo argárico cuyo incremento en su intensidad se expresa, por ejemplo, en la presencia de algunas joyas de oro y plata de clara filiación argárica en necrópolis como la del Cabezo de la Escoba (Soler García, 1969) o Cabezo Redondo (Soler García, 1987), cuyas primeras evidencias de ocupación podrían remontarse, precisamente, a este momento en función de las fechas de Carbono 14 obtenidas a través de una muestra de carbón extraída de un poste del Departamento VII –c. 1870 a.C.– (Soler García, 1987).

Hacia el 1550 a.C. este panorama presenta una radical transformación. Esta organización, que partía de unas relaciones, al menos en apariencia, de carácter igualitario, no pudo reproducirse sin cambiar sus relaciones sociales de producción, superando de este modo las relaciones de explotación intergrupales establecidas con el ámbito argárico. El desarrollo de las fuerzas productivas constatado llevó, o bien a la



Excavaciones  
en Terlinques,  
agosto 2005



integración de estas comunidades en el ámbito de El Argar, o bien a la constitución de una nueva entidad social, aprovechando un momento de crisis de los principales núcleos argáricos (Lull y Risch, 1995). Todo ello imbricado en un proceso generalizable al menos a todo el Sureste y que claramente se gestó y desarrolló a una escala macrorregional.

La documentación arqueológica generada en los últimos años, nos evidencia que estamos ya en la constitución de una sociedad clasista en la cuenca del Vinalopó.

El abandono de gran cantidad de asentamientos y la concentración de la población en un número reducido de núcleos –algunos de ellos al parecer de nueva creación– generó un cambio sustancial en el modelo de explotación del territorio. En el valle del Vinalopó este proceso de nuclearización poblacional alcanza su mayor expresión, conformándose un asentamiento de gran tamaño en la cubeta de Villena –Cabezo Redondo– que sobrepasa las 2 Ha. de extensión superficial y desapareciendo prácticamente la totalidad del resto de los asentamientos, al tiempo que se crean algunos nuevos como La Peña de Sax, El Monastil, Portixol o la Esparraguera que no superarían los 1.500-3.000 m<sup>2</sup>. Estos asentamientos de menor rango parecen seguir siendo plenamente autosuficientes en la esfera productiva, pues en casi todos se constata producción metalúrgica, textil y agropastoril.

Punta de lanza.  
Cabezo Redondo

Pendiente.  
Cabezo Escoba

Cabezo Redondo.  
Vista aérea



En este nuevo patrón de asentamiento, interesa ahora el control no sólo de tierras de buen rendimiento agrícola, sino sobre todo de los corredores y de los pasos existentes entre ellos, estableciéndose así una ocupación ordenada del territorio en la que ahora los asentamientos aparecen separados por distancias de entre 11 y 15 km. Paralelamente, el registro evidencia la llegada de un mayor número y variedad de productos alóctonos —cobre, estaño, oro, cuentas de pasta vítrea, marfil, ámbar— de lo que se deduce una notoria ampliación de los circuitos de intercambio a escala macrorregional.

Así mismo, se advierte un mayor grado de especialización laboral de carácter artesanal. Específicamente nos estamos refiriendo a la actividad metalúrgica, con un importante desarrollo de la orfebrería del oro y de aleaciones; y a la alfarera, distinguiéndose ya, con total claridad, la aparición de diversos tipos de producciones con varios grados de elaboración.

Otro cambio fundamental se produce en este momento respecto a las prácticas funerarias, apareciendo las primeras evidencias claras de inhumaciones individuales en el interior de las áreas de habitación de Cabezo Redondo. Aunque la práctica del enterramiento múltiple en covacha no se abandona, se constata la presencia de cistas de mampostería y fosas de inhumación en el interior de las unidades habitacionales, así como enterramientos infantiles en urnas.

El registro arqueológico, en suma, hace evidente a nuestro entender la existencia de un acceso restringido a determinados recursos y productos por parte de un grupo social dominante que reside en Cabezo Redondo, enclave que parece mostrar una capacidad de centralización incluso superior a la de los grandes núcleos argáricos precedentes, como pone de manifiesto la notoria concentración —incluso por primera vez atesoramiento— de gran cantidad de adornos de oro documentada en este yacimiento (Soler García, 1987; Hernández, 1997b) y que lo singularizan extraordinariamente frente a otros asentamientos contemporáneos excavados, como Tabayá en Aspe (Hernández y López, 1992), Illeta dels Banyets (El Campello) (Simón, 1997), Peña de Sax (Hernández, 1997b), o El Monastil (Poveda, 1988) en donde no hay evidencias de oro, ni de los otros productos de alto valor social existentes en el yacimiento villenense.

Cabezo Redondo parece convertirse así en un centro redistribuidor asimétrico, donde un grupo dominante pasó a apropiarse del excedente de un buen número de comunidades campesinas ampliamente repartidas por el territorio. Desde el mismo se controlaría, no sólo la circulación de una amplia variedad de productos, circulantes entre el Sureste y las zonas más septentrionales —la Meseta, Norte peninsular y Levante— sino también una amplia red de caminos, estrechamente relacionada con estos circuitos de intercambio, custodiada por una

Excavaciones en  
Cabezo Redondo,  
julio 2000



serie de enclaves distribuidos estratégicamente sobre el territorio. A lo que cabe añadir la importancia que, no por casualidad, parecen cobrar en estos momentos enclaves costeros como la Illeta dels Banyets o Cap Prim, que evidencian la intensificación de la circulación de productos en el Mediterráneo más occidental, alentada por la expansión de la esfera comercial micénica que implica ahora estrechos contactos con la Península Itálica y el Mediterráneo central.

### **I 100-700 a.C.: Hacia la formación de los grupos iberos**

Sin embargo, hacia el 1200-1100 a.C. parece producirse el colapso de Cabezo Redondo. Aunque estamos aún lejos de poder explicar las causas que llevaron a su abandono, es evidente que no se trató de un mero reajuste en la organización territorial comarcal, sino que los cambios en el patrón de asentamiento involucrados en esta proceso afectaron a todo el Sureste peninsular. Factores como la intensificación de las rutas comerciales por vía marítima, el establecimiento de factorías semitas en el Mediterráneo occidental, el inicio de la configuración de Tartesos como entidad política de primer orden en el Suroeste de la Península Ibérica, o la expansión de las poblaciones de Campos de Urnas desde la Europa continental, debieron incidir considerablemente.

Todos los yacimientos del llamado "Bronce Tardío" de la cuenca del Vinalopó fueron abandonados con la excepción de Tabayá en Aspe, que parece mantenerse durante la primera fase del Bronce Final (Hernández y López, 1992). Es significativo que después de muchos años de prospecciones arqueológicas, los únicos yacimientos adscribibles al Bronce Final Pleno se localicen exclusivamente en el tramo final del curso del río Vinalopó, bien en las estribaciones meridionales de la Sierra del Tabayá –Tabayá (Navarro, 1982; Hernández y López, 1992), Caramoro II (González y Ruiz, 1992)– bien en las llanuras litorales –La Alcuñá– bien en el piedemonte de la Sierra de Crevillente –La Fonteta del Sarso (Simón, 1998), El Bosch (Trelis, 1997) o Peña Negra (González, 1983)– evidenciándose una clara articulación del poblamiento hacia las zonas litorales.

Un cambio tan evidente en el patrón de asentamiento sólo puede explicarse, a nuestro juicio, considerando que el intercambio por vía terrestre desde el Sureste hacia La Meseta o el Levante, utilizando el Corredor del Vinalopó, pasó a ocupar un segundo plano frente a la circulación por vía marítima. De este modo Cabezo Redondo, que había funcionado como un centro redistribuidor de productos y materias primas de primer orden, perdió su situación de privilegio frente a las zonas costeras. Es posible que en los siglos de tránsito entre el II y el I milenio a.C. buena parte de las tierras del Alto Vinalopó estuviesen



prácticamente deshabitadas, y especialmente la cubeta de Villena. Habrá que esperar a los siglos VIII-VII a.C. para observar el surgimiento de nuevos asentamientos (Martí y Mata, 1992; Poveda, 1994, Grau, 2002).

Quizás, además de la cuenca del Serpis (Grau, 2002) el territorio mejor estudiado sea la Vega Baja del Segura y el Camp d'Elx (Grau y Moratalla, 2001), espacio geográfico en el que se localiza, sin lugar a dudas, el yacimiento más importante del ámbito regional para estos momentos, tanto por su tamaño como por las áreas de actividad en él localizadas. Nos estamos refiriendo a *Penya Negra* (González Prats, 1983), en cuyo entorno se han localizado además un amplio número de asentamientos en el llano, ocupando las tierras cuaternarias de la zona –El Bosch, Camí de Catral, La Alcudia, Hacienda Botella, etc.– así como algunos enclaves en altura localizados en la Sierra de Crevillente. Se trata de núcleos pequeños y con evidencias de restos murarios de considerable tamaño –Les Barricaes, Cantal de la Campana (Grau y Moratalla, 2001)– que vienen a mostrarnos la importancia del enclave, de sus recursos y del contingente poblacional

existente en esos momentos en la zona. Estaríamos por tanto, ante un proceso que supuso necesariamente un afianzamiento demográfico en las zonas litorales relacionado al mismo tiempo con la consolidación de *Penya Negra* y del grupo social dominante allí residente y su transformación en el principal núcleo del ámbito regional, ya desde momentos previos a la creación del puerto comercial localizado en la desembocadura del río Segura (González Prats, 1998; Azuar et al., 1998). Los grupos dominantes consolidaron su situación articulando en las zonas fértiles de su entorno a un amplio número de unidades agropecuarias responsables de la producción de los excedentes apropiados, y creando una serie de fortines en sus proximidades destinados a asegurar el control de la población y del territorio.

La cuenca del río Vinalopó no fue ajena a este proceso, habiéndose constatado la ocupación de enclaves como *La Alcudia*, de especial transcendencia para fechas posteriores, y asistiendo a la fundación en el Valle Medio del Vinalopó de dos nuevos sitios –El Monastil, en la Sierra de la Torreta y Camara en la sierra homónima

Anillo y Tútuli de oro del Tésorillo de Cabezo Redondo



(Poveda, 1994)– a los que posiblemente pudiera añadirse un tercero, si consideramos las evidencias cerámicas documentadas en el proceso de excavación del Chorrillo en Petrer (Márquez et alii, 1999).

En efecto, es muy probable que a partir del siglo VII a.C. El Monastil vuelva a ser ocupado nuevamente, al tratarse de un lugar con excelentes condiciones para el desarrollo de prácticas agropecuarias y ser un punto de paso obligado en las comunicaciones entre la costa y el interior peninsular (Poveda, 1994). Del mismo modo, el yacimiento de Camara se ubica en un lugar de difícil acceso y con alto valor estratégico, desde donde se controla buena parte de las cubetas de Elda y Salinas.

En estos enclaves se constata una importante presencia de productos fenicios, en especial de ánforas –recipientes y contenido–, que serían redistribuidos con mucha probabilidad desde Peña Negra. A ello debemos sumar las primeras evidencias de escritura en nuestras tierras. Se trata de grafías fenicias que aparecen incisas en las ánforas y que al parecer refieren la inicial de un antropónimo, que o bien corresponde al nombre del propietario de

las ánforas, o bien a su contenido o, incluso, a una marca numérica empleada como medida del producto contenido (Mederos y Ruiz, 2002).

Hacia el 575-550 a.C. en el ámbito mediterráneo se produjeron una serie de transformaciones que causaron una modificación sustancial en el panorama geopolítico de Occidente. La caída de Tiro en el año 573 a.C. en manos de Nabucodonosor y el colapso y disgregación de Tartessos, supuso el control de los enclaves fenicios en Occidente por parte de Cartago y el desarrollo del comercio focense en el Atlántico peninsular (Aubet, 1994). Con todo, el resultado del proceso de cambio socioeconómico desarrollado fue el surgimiento y consolidación de diversas entidades socio-políticas de tipo clasista en el ámbito oriental y meridional de la Península Ibérica, que constituyen el mosaico de etnias conocidas bajo la denominación de los pueblos iberos o Cultura Ibérica.

El área geográfica a la que se refieren los autores clásicos como la *Contestania*, no es más que una de las sociedades concretas que se conformaron en estas tierras de la zona oriental de la Península Ibérica.